

Teseo y el Minotauro

Minos, poderoso rey de Creta, no podría haber imaginado jamás aquella pesadilla. Su esposa Pasífae había tenido un hijo, el híbrido Asterión, que no respetaba ninguna ley natural: un toro... ¡No! ¡La cabeza de un toro con el cuerpo de un hombre!

Minos encargó que le construyeran una morada en la que el monstruo viviría para siempre, aislado de la curiosidad del pueblo. Dédalo, el mayor arquitecto de su tiempo, se abocó con deleite a la invención de un palacio generoso en vueltas y revueltas, donde dejaron al Minotauro, que solo se alimentaba de carne humana.

Minos, entre sus hijos, prefería a la inteligente Ariadna, gran tejedora, y al fuerte Androgeo, un atleta insuperable en la carrera y el pugilato. Cuando Androgeo recibió una invitación para competir en Atenas, Minos no dudó en autorizar su partida.

Androgeo triunfó en todas las competencias, lo que despertó la ira de Egeo, el rey de Atenas. Poco después, Minos recibió la noticia funesta: Androgeo había muerto en tierras griegas, en circunstancias dudosas. Entre lágrimas, se juramentó para vengarlo.

Envió a la mayor parte de su flota para destruir a los griegos, pero el ejército ateniense resistía con fiereza los embates. Minos le pidió a Zeus, el soberano de los dioses, que lo ayudara en su causa.

Enseguida, una extraña peste se propagó por Atenas: cientos de habitantes murieron, y las cosechas se arruinaron. Pronto, el fantasma del hambre asedió a la ciudad. Empujado por el pánico de los ciudadanos, Egeo consultó a su oráculo, que no dudó: para que la peste retrocediera, había que concederle a Minos lo que pidiese. Egeo envió un emisario a la corte enemiga.

—Quiero que, una vez al año, Atenas me entregue siete jóvenes y siete doncellas para que entren al laberinto sin armas. Si alguno vence al Minotauro y sale, se podrá marchar.

Así quedó sellado, ese año, el terrible destino de catorce jóvenes. Y al año siguiente... otros catorce. Ninguno regresaba.

Mientras Minos disfrutaba de su cruel venganza, en Atenas las cosas no iban bien para Egeo. El pueblo manifestaba su indignación por el acuerdo que enlutaba a tantas familias.

Teseo, hijo de Egeo, y un héroe admirado por sus compatriotas, tomó la decisión de ayudar a su padre.

—Padre, este año me sumaré a los jóvenes que darás como tributo a Creta. Mataré al Minotauro y regresaré.

—No, hijo, lucharás contra dos imposibles a falta de uno: aun si mataras al Minotauro, no podrías salir del laberinto.

—Confía en mí, algo pensaré —respondió Teseo, hábil luchador.

Cuando llegó el día, Teseo partió a Creta con los elegidos, a quienes animó durante el trayecto. Su optimismo los contagió de tal modo que todos creían en su victoria.

Minos se asombró de que Egeo enviara a su propio hijo para ser devorado por el Minotauro. Por el gusto de conocer a ese príncipe a punto de morir, lo invitó a un austero banquete antes del sacrificio.

—Tu fama es justa, veo que no te falta valor —reconoció Minos. Quiso el destino que Ariadna entrara en la sala y sintiera una atracción fulminante por Teseo. Solidaria, aprovechó una distracción de su padre para entregarle un ovillo de hilo.

—Suelta el hilo al entrar al laberinto y podrás encontrar el camino de regreso. Solo te exijo que, a cambio, me lleves contigo.

Teseo aceptó la propuesta. ¡La princesa era hermosa, y él no tenía nada que perder!

Poco después, Teseo fue introducido en el laberinto, seguido por sus aterrados compañeros. El joven tomó al pie de la letra el consejo de la astuta Ariadna y empezó a devanar el ovillo.

—Ustedes espérenme aquí. No den un paso más —ordenó al resto, para que no se alejaran de la salida.

Y se perdió en salas oscuras, sumidas en un silencio atroz, cortadas por pasadizos que olían a tiempo, a lluvias viejas, a la humedad que se colaba entre las piedras. De pronto una figura contrahecha, gigantesca, con una cabeza de toro coronada por dos cuernos puntiagudos sacudió la tierra bajo sus pies, con la impaciencia del hambre. La criatura emprendió una loca carrera hacia Teseo, pero el héroe sacó la corta espada que había ocultado entre sus ropas y, con ella, atravesó el cuello bestial de su oponente.

Después, con el hilo entre sus dedos, volvió sobre sus pasos.

Teseo fue por Ariadna y, luego, se ocupó de quemar la flota cretense amarrada en el puerto. Ya nadie los podía seguir, y se marcharon a toda vela rumbo a la libertad y la vida.

Versión de
Franco Vaccarini.



Wikiglosario

Híbrido: animal o vegetal procreado por dos individuos de distinta especie.

Pugilato: contienda, pelea.

Funesto: triste, desgraciado.

Peste: _____

Perfil

Franco Vaccarini

Nació en la ciudad de Lincoln, en 1963. Escritor de cuentos y novelas, y se ha especializado en narrativa infantil y juvenil. Algunas de sus obras son *El miedo*, *El hombre que baila* y *Fiebre amarilla*, de edición

